

Tan pronto se levantaba de la silla, como se volvía a dejar caer sobre otra, sin encontrar postura ni tranquilidad. ¿Qué pasaba, entretanto, en la entrevista entre Soledad y Flan?

El capítulo siguiente contestará a la pregunta.

CAPITULO II

Una declaración inesperada

Don Felipe Flan tenía treinta y dos años de edad; era alto y bien formado, de ojos y pelo negros, de fisonomía dulce y expresiva; sus modales eran finos, y su manera de vestir sencilla y elegante.

En todas las circunstancias de la vida conservaba un humor igual y uniforme.

Abrasado por el fuego de su pasión, que fué creciendo a medida que iba descubriendo cada día nuevas virtudes y nuevos atractivos, conoció que no le quedaba otro medio de poner término a sus padecimientos, que revelar sinceramente los afectos de su corazón a la mujer que ocupaba a todas horas su pensamiento.

Tomada esta resolución, aun vaciló por mucho tiempo, hasta que, por último, eligió el momento en que nos encuentra nuestra historia.

Soledad le recibió con la amabilidad de una persona bien educada y agradecida, pero inquieta en su interior por el asunto que sospechaba le llevaba a aquel sitio.

—He solicitado esta entrevista —dijo don Felipe, después de los saludos de estilo, y de sentarse al lado de la joven—, no porque juzgue que la hora es la más oportuna para ello, sino porque he querido aprovechar el instante en que me he creído con más valor para tratar de un asunto que importa la felicidad o la desgracia de toda mi vida.

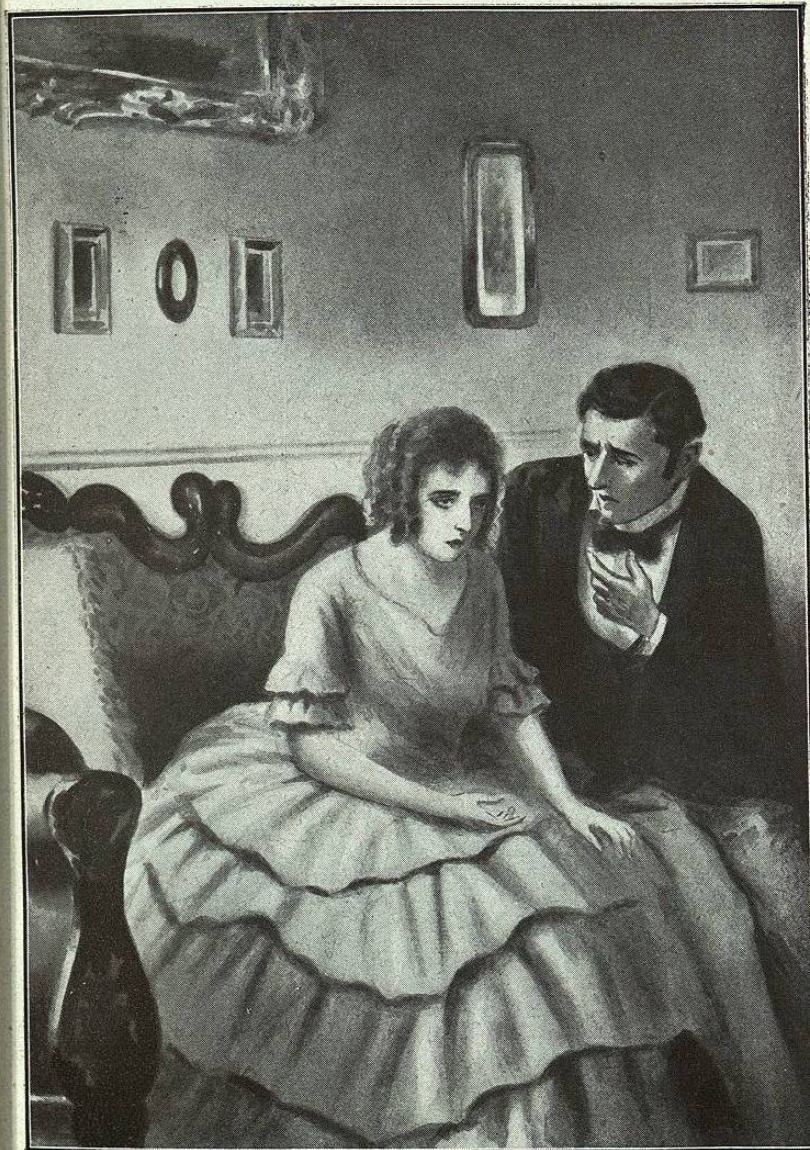
Soledad comprendió lo que entrañaba aquel introyto, y se estremeció.

—¡Un asunto que envuelva su dicha o su desgracia!— dijo con voz entrecortada la joven.

—Sin duda alguna.

—¿Y viene usted a comunicarme negocio de tan alto interés?

—Le debe, en efecto, parecerle a usted extraño; pero cambiará de opinión cuando sepa usted que no se trata de



¡Amará usted acaso ya a otro!

(Página 12.—Tomo II.)

negocios mercantiles, ni de interés pecuniario, ni de nada que tenga relación con asuntos de comercio.

—Pues, entonces...—contestó titubeando la afligida joven.

—¿Cree usted, hermosa Soledad, que los bienes de fortuna, por sí solos, bastan a hacer la felicidad del hombre?

—No, señor; nunca lo he creído así.

—Hay en la vida de la criatura humana un sentimiento que no puede satisfacerse ni con todos los refinados placeres inventados por la adelantada sociedad de nuestro siglo, ni con todos los goces que proporcionan los tesoros de la tierra. ¿Comprende usted cuál es ese sentimiento...?

—Cualquiera de los más nobles del alma; el de la virtud, el de la esperanza... el de la conformidad..

—Hay otro.

—El de la tranquilidad de conciencia... el de la piedad..

Y Soledad se detuvo como si no recordase otro alguno.

—Tenga usted la bondad de continuar..

—Tal vez el de la amistad.

—¿Y no halla usted otro en el catálogo de los afectos íntimos y puros?

—No traigo a la memoria ningún otro.

—Pues bien; le recordaré yo a usted el que ha dejado de nombrar, y que es sin duda el que más dulce y despóticamente domina en todo el mundo, y que se entroniza en el corazón de todos los individuos.

—¿Cuál?

—¡El amor!

—¡El amor!

—Sí, Soledad, el amor. ¿Hay alguno que se haya substraído de pagar tributo a su universal imperio?

Soledad guardó silencio.

—Extraño, sin duda, le parecerá a usted mi lenguaje— continuó don Felipe al notar que la joven permanecía callada—. También a mí se me hace extraño expresarme así, porque es la primera vez que formulan mis labios palabras en sentido amoroso; sufría los tormentos de una pasión vehemente, y la callaba. Amaba con toda la fuerza con que el alma es capaz de amar, y temía confesar mi amor a la hermosa que me lo inspiraba, receloso de ofenderla. ¡Tan angélica y tan pura se ha presentado siempre a mis ojos...! Sí, tan angélica y tan pura, que no he podido persuadirme de que exista en la redondez del mundo un solo hombre digno de aspirar a la dulce posesión del ángel que idolatro. Pero mi inquietud crecía, y aunque nada me prometiese de mí ningún mérito, confiaba mucho de su benevolencia, co-

noci las virtudes y generosidad de su noble alma y, descansando en ellas, me he resuelto a romper un silencio que me oprimía el corazón.

Soledad no supo qué responder; estaba convencida de que ella era la persona a que aludía, y pensaba que guardando silencio evitaría una declaración que temía sobremanera.

—Pero usted nada me dice, hermosa Soledad —añadió don Felipe—. ¿Reprueba usted, acaso, mi determinación?

—Nada de lo que usted dispone puede ser reprobado —contestó con virginal modestia la joven—; porque en todos los actos de usted resaltan su buen juicio, su prudencia y su amabilidad.

—Mucho me lisonjea la buena opinión que de mí tiene usted formada; pero temo que tenga usted que mudar de parecer cuando llegue usted a saber el nombre de la joven que ha interesado mi corazón y cuyo amor es el único bien, el supremo, a que aspiro en la tierra.

—Sea cual fuese la persona en quien haya usted puesto los ojos, lejos de ofenderse por la preferencia que usted le ha dado sobre todas las de su sexo, sabrá agradecer esa distinción con que usted la honra.

—¿Y si yo solicitase algo más que agradecimiento? ¿Si en vez de aspirar a su gratitud tuviese la temeridad de aspirar a su amor?

Soledad se quedó sin saber qué contestar; su situación era cada vez más difícil y embarazosa. Don Felipe añadió:

—¿No se digna usted emitir su parecer con respecto a la respuesta que cree usted alcanzaría?

—Para contestar a esa pregunta sería preciso saber si el alma de esa joven se mantenía libre aun del imperio de esa pasión que hace poco, decía usted, domina en todos los corazones.

—El deseo de adquirir ese conocimiento ha sido uno de los motivos que me han impelido a solicitar esta entrevista.

—¿Cómo!

—Porque usted mejor que nadie puede informarme del estado que guarda el alma con todas mis potencias.

—¿Yo...!

—Sí, hermosa Soledad; porque esa joven angelical, dechado de todas las virtudes, de todas las perfecciones y de todas las gracias; esa joven que respeto y amo como se respeta y ama a los seres pudorosos, sin defecto y sin manilla; esa joven cuyo dulcísimo amor inundaría en un océano de dichas inefables mi existencia, convirtiendo el mundo

en una mansión de bienaventuranza; esa joven es usted... Usted, en quien Dios ha reunido todos los tesoros que embellecen el alma y el cuerpo de la criatura... ¡Ah...! Sepa, pues, ya de una vez lo que le espera a esta pasión que la belleza y los hechizos de usted han despertado en mi pecho. Sepa yo si ese corazón, dotado de las más nobles cualidades, ha permanecido retraído al fuego del amor, o si acaricia en su fondo la memoria de otro mortal que ha tenido la inefable dicha de alcanzar su angelical ternura.

Y don Felipe esperó ansioso la respuesta; sus ojos estaban fijos en el rostro de la hermosa, aguardando que se abriesen sus virginales labios.

Soledad, temiendo ofender con la verdad de sus sentimientos al hombre que la había colmado de beneficios, y no pudiendo por una parte contribuir a que alimentase una esperanza irrealizable, buscó las palabras más dignas y agradables para eludir una contestación categórica.

Pero esto no podía satisfacer las exigencias de un corazón verdaderamente enamorado.

Don Felipe había hecho esfuerzos inauditos para dar aquel paso, y no podía retirarse sin saber el lugar que ocupaba en el alma del ángel de sus ensueños.

Las palabras de Soledad, lejos de destruir la duda que respecto a conseguir su amor abrigaba, no hicieron más que prestarle mayor fuerza, y en consecuencia avivar el deseo de salir de la incertidumbre.

Resuelto, pues, como estaba a recibir una contestación favorable, o un amargo desengaño, contestó de esta manera a las dulces frases de la hermosa:

—Me son muy conocidos los finos principios de su educación, su excesiva modestia y el virginal rubor de su alma pudorosa, para no estar firmemente convencido de lo mucho que le costará expresar sinceramente los afectos de su corazón; pero estoy cierto de que sabrá usted disculpar la pretensión que tengo de saber si mi pasión puede aspirar a la dicha de verse correspondida, cuando sepa usted que el conocimiento de la verdad era indispensable a la tranquilidad de mi alma.

—Quien obra siempre con la rectitud de usted, no necesita que le disculpen, puesto que está muy lejos de incurrir en culpa alguna.

—Mil gracias; es usted muy bondadosa al juzgarme.

—No hago más que hacer justicia a la rectitud de sus principios.

—Al menos, mi mayor empeño ha sido siempre no sepa-

rarme un ápice de la línea que trazan la moral y la urbanidad al hombre en sociedad.

—Y estoy segura de que ha conseguido usted su objeto.

—Me alegro de que a los ojos de usted haya parecido de esa manera.

—Y a los de cuantos tienen la dicha de tratar a usted.

—¿Y respecto a mi pasión...? ¿Ha encontrado una acogida tan favorable en el alma de usted como mi comportamiento...?

—Puedo asegurar a usted que merecer el amor de usted me lisonjea en extremo.

—¡Oh...! ¡A mí me enloquecería alcanzar de usted su correspondencia, que es lo que anhelo, lo que codicio, lo que ambiciono en la tierra...! ¿Seré tan feliz que lo consiga...? Suplico a usted que me responda con toda ingenuidad... ¡Sí, yo se lo suplico con todas las veras de mi alma! ¿Me ama usted, Soledad?

—¡Ah...! ¡Don Felipe...! —exclamó la joven tristemente—. ¿Por qué exige usted de mí la respuesta a esa pregunta?

—¡Habré adivinado! —dijo don Felipe con abatimiento—. ¡Amará usted acaso ya a otro!

—¿Qué adelantaría usted con saberlo?

—¡Tal vez a Félix... a su querido primo...!

—No; le juro a usted que no es a mi primo—exclamó rápidamente Soledad.

—¡Luego es a otro! ¡Ah! ¡Se acabó mi esperanza! ¡Se acabó mi felicidad!—dijo melancólicamente abrumado por el peso del dolor el señor Flan.

—¡Por Dios, don Felipe, su aflicción de usted me desgarró el alma...! ¿Por qué me ha obligado usted a romper el misterio que encerraba profundamente dentro de mi pecho?

—¡Era preciso! ¡Yo no podía vivir atormentado continuamente por la duda! ¡Amaba a usted con toda la pureza del que ama por primera vez, y necesitaba conocer lo que debía esperar de este amor! ¡Y ya lo he visto! —añadió profundamente conmovido—. ¡Pesar y lágrimas para el porvenir! ¡Pero no le culpo a usted de mi desgracia! ¿Podía usted conocer mi amoroso anhelo cuando el temor había enmudecido mi lengua, en tanto que otro se anticipaba a mi declaración?

—No; no ha sido su silencio de usted, don Felipe... ¡Mi desgraciado amor es anterior a la apreciable amistad de usted!

—¡Desgraciado amor ha dicho usted!—exclamó don Fe-

lipe, asombrado con aquellas palabras y conmovido por la manera melancólica con que habían sido pronunciadas.

—Sí, señor... ¡Y muy desgraciado...!

Y los ojos de Soledad se cubrieron de lágrimas.

Don Felipe, que un momento antes se creyó el más desgraciado de los hombres, olvidándose en aquel instante de sus penas, sólo trató de consolar a la mujer que había destruido su esperanza. ¡Tan generoso era su corazón y tan puro su amor hacia aquella joven cuya felicidad anhelaba como la suya propia.

—Pero... ¿en qué consiste esa desgracia? —preguntó con bondadoso interés—. ¿El joven a quien ama usted...?

—¡Me ha olvidado!—contestó Soledad, sin dejarle acabar.

—¡Olvidarla a usted después de conocerla!

—¡Sí, don Felipe!

—¡Imposible!

—Y, sin embargo, nada es más cierto.

—¿Ha existido algún motivo para ello?

—Ninguno de mi parte.

—¿Y de la suya?

—Lo ignoro.

—¡Y sin embargo le ama usted!

—Si él se ha olvidado de su juramento, ¿debo yo imitar su falta?

—¡Oh...! No sé qué responder a esa pregunta... ¡Año a usted tanto!

—Usted, don Felipe, es acreedor, por los distinguidos favores que se ha dignado dispensarme y por las atenciones de que me ha colmado, de que yo le abra mi corazón con la franca confianza con que lo haría con un hermano.

—Gracias.

—Usted me trajo a su casa sin conocerme; sin saber los antecedentes de mi vida; sin preguntarme siquiera nada sobre ella ni sobre mi familia.

—Me bastó ver a usted para leer en su rostro las virtudes de su alma, y no hice más que cumplir con un deber.

—Y yo me creo obligada a cumplir hoy con el mío revelándole a usted quién soy y las causas que concurrieron para conducirme a la vida obscura en que usted me encontró; pero, ante todo, me veo precisada a suplicarle me conceda un favor.

—¿Cuál es?

—Prométame usted antes que me lo concederá.

—Empeño mi palabra de obsequiar su voluntad.

—De perdonar una superchería que hasta hoy he sos-

tenido con usted y con el público; pero una superchería con la que a ninguno ofendía ni dañaba, y que era, sin embargo, la salvaguardia de mi honra.

Don Felipe quedó sorprendido con aquellas palabras. Acababa de oír de labios de aquella mujer, a quien había calificado de ángel purísimo y sin mancha, que su corazón, para él hasta entonces cándido y sincero, había sido capaz de abrigar una superchería, y temió ya que ésta envolviese alguna falta que empañase el limpio brillo de que él había revestido la honra de aquella joven de celestial belleza. Sin embargo, la dulce y púdica mirada de sus serenos ojos, el virginal rubor que a sus mejillas se asomaba al escuchar cualquier palabra amorosa y el indefinible encanto de su fisonomía, argüían un alma sin mancha, libre de los defectos que aquejan la humanidad.

Inclinado por su benevolencia a juzgar por el libro, pocas veces infiel, de la fisonomía, y alarmado, al mismo tiempo, por el temor que habían infundido en su pecho las palabras de la joven, contestó después de un instante de duda y de silencio:

—He dado mi palabra de obsequiar la petición de usted, y la cumpliré, sea cual fuese.

—Le agradezco a usted infinito esa deferencia y hablaré con la sinceridad y la franqueza a que es usted acreedor por su generosidad.

—Escucho a usted con impaciencia.

—Hay en la historia de mi vida una página terrible y dolorosa que la desgracia escribió con candente buril en el libro de sus víctimas.

Don Felipe sintió oprimirse el pecho con la horrible idea de encontrar algún borrón en la conducta de su protegida, y contestó con marcada inquietud y doloroso temor:

—¡Oh! ¡Será posible!

—Sí, señor Flan —continuó la joven con profunda tristeza—. El nombre que llevo revela suficientemente las vicisitudes que deben haber combatido mi existencia, pues no es el mismo con que fuí conocida en la casa de los autores de mis días.

—¿Será cierto?

—Sí, don Felipe; mi verdadero nombre es Adela. Mi mano estaba destinada a un joven de relevante mérito, por sus virtudes y su talento; pero el destino, que se había propuesto amargar mi existencia, dispuso que la noche, víspera del día en que se debía celebrar nuestra unión, y hallándome de visita en casa de una amiga, me anunciaran que me

buscaba una de mis criadas, diciendo que bajase al momento, porque en mi familia había ocurrido una gran novedad. Yo me despedí inquieta; bajé lo mismo; entré sin reflexionar en un carruaje que me esperaba a la puerta y dentro del cual había una mujer a quien por la obscuridad no pude distinguir, pero que me figuré fuese una de mis criadas. Sin embargo, no bien acabé de sentarme y de cerrar ella la portezuela, echando a correr el coche, cuando vi que aquella mujer me era desconocida; pero no bien me preparaba a dirigirle una pregunta, cuando me vi sujeta fuertemente por uno de sus hercúleos brazos, mientras vibraba con el otro sobre mi pecho un puñal, amenazándome con la muerte si gritaba. Era un hombre disfrazado con el traje de mujer.

—¡Qué infamia!—exclamó exaltado de indignación don Felipe.

—Aterrada y sorprendida, caí desmayada, y cuando volví en mí, me encontré en una pieza lujosamente amueblada, sin puertas, sin balcones, sin ventana alguna, con un espacioso tragaluz de hermosos vidrios en el techo, por donde recibía de día inmensa claridad; un lecho con un rico pabellón, un gran espejo que se alzaba desde cerca del suelo al techo; una mesa pequeña, sobre la que ardía un hermoso quinqué; en uno de los ángulos, un lavamanos con preciosa aljofaina de porcelana de China; embutido en la pared, un pequeño estante con libros, y colocadas con simetría una docena de sillas de caoba forradas de damasco carmesí, haciendo juego con un mullido sofá, que completaba el adorno de mi prisión.

»Sin embargo, aquellos objetos, lejos de tranquilizarme, me causaron un horror y un espanto indecible.

»Ellos me dieron a entender toda mi desgracia, porque revelaban que el autor del inicuo rapto no había tenido por objeto la cantidad que pudiese adquirir por mi rescate, sino el atentar contra mi honor y mi felicidad.

»Sobresaltada con esta terrible idea, desgarrada el alma por verme separada del hombre que era el bello ideal de mi existencia, del sér a quien debía haberme unido al siguiente día, ausente de mis queridos padres, que tal vez morirían de pesar al recibir la fatal noticia de mi desaparición; sola, abandonada y sin defensa... ¡Ah...! ¡yo creí morir de sentimiento y de dolor, y hubiera reventado de pena, sin duda, mi oprimido pecho, si las lágrimas, ese bálsamo consolador del infortunio, no hubieran venido a darle alivio y expansión! Sumergida en un mar de llanto y de tristes